

43 MINUTOS

No lo podía creer, me había dormido otra vez.

Los vecinos ya sabían la retahíla de mi madre por la mañana.

– Joder, joder. Otra vez, si es que no puede ser, siempre lo mismo; ¿Cuáles son tus prioridades?; ¿Así, como vas a aprobar?; ¿Qué pensarán los profesores?.....

Te oigo pero no te escucho, te veo pero no te miro, me hablo a mi misma porque nadie me escucha.

Me embutí en los pantalones, me abroche la camisa, el fular de todos los días, la carpeta, el bolso, el portátil, el móvil, café, ascensor, garaje, las llaves...

– ¡Mierda, las llaves!

Garaje, ascensor, casa, mi madre bufando, habitación, mi madre despotricando, ascensor, garaje, coche.

– Venga, ¡nos vamos!

Es como una historia interminable, siempre lo mismo; levantarse, estudios, prácticas, comer, estudios, deporte, cenar. Este año la cosa empeoró; madrugar, estudios, prácticas, engullir, trabajar, cenar. Y no sé cómo, pero aunque parezca que no, siempre tu madre saca tiempo para que haga otras cosas, si trabajo es ¡trabajo! y punto. No estoy sentada, por esto siempre me duermo, me quedo hasta las dos o tres de la mañana haciendo trabajos, preparando exposiciones, estudiando....

– Atasco, buff, ¡venga por Dios, que está en verde!

Cielo gris.

Parece que el día que vas tarde, los astros se alinean y se ponen en tu contra.

Semáforo rojo, semáforo verde....., semáforo rojo, semáforo verde, por fin alguien se mueve.

A veces pienso que determinada gente no se ha sacado el carnet y va de incognito, burlándose de los demás y tentando a la suerte.

Llueve.

Es una lluvia que acobarda, dura, impactando en el cristal como un trueno en el cielo.

Aparqué, ¡Por fin! Seguía lloviendo, esta vez más flojo.

El paraguas.....

Llamé, entre a clase y me senté, ¡por fin! Si las miradas matasen.... Que mal me siento, siempre me llevo la última silla, no lo hago a propósito, pero hay mañanas que preferiría pasar en la cafetería.

Cielo blanquecino.

Esta vez no llueve, odio pisar agua, charco.... no charco.... charco.... baldosa rota.

– ¡Mierda!

No es muy agradable no tener paraguas y que llueva como si no hubiese un mañana, ir sorteando charcos y pisar una baldosa rota.

Coches, coches y más coches, ¿Hoy nadie cogió el autobús?

Me la juego, y acierto, hay sitio enfrente de casa. Ascensor, casa, cambio de ropa, comer, dientes, llaves, paraguas, ascensor, coche.

Por la tarde se combino el aire con la lluvia, que desagradable, aunque no me importaba, me tocaba currar, en cierta manera me alegra poder distraerme de lo que ha sido el día, soy feliz trabajando en lo que me gusta, no es el trabajo de mis sueños pero consigo algo de pasta y a la vez soy feliz, al fin y al cabo es de lo que se trata la vida.

Llego la oscuridad y de nuevo la lluvia, hoy el señor del tiempo acertó de pleno.

Ya en el coche, suspiré, estaba sonriendo, me felicitaron por mi trabajo, me gusta que sean agradecidos sin pedirlo, es como un plus para seguir trabajando a gusto.

5.....7.....11.....14.....18.....43..... 43 minutos, sentada, tranquila, relajada, feliz, solo se oía llover, me encanta ver llover detrás de un cristal, sin prisas, sin agobios, sin ruido....

Es mi clase particular de yoga, aunque el efecto solo dura hasta que me vuelvo a levantar.

¡¡RING!!, ¡¡RING!!, ¡¡RING!!

– Ya voy mama, hoy, no llego tarde.

Marta Fuente Ortega